

LA DECONVERSIÓN DE NEWTON

Lois Álvarez Viana



LA DECONVERSIÓN DE NEWTON

Lois Álvarez Viana



Ediciones Albores

LA DECONVERSIÓN DE NEWTON

1ª Edición: Sevilla a 17 de Febrero de 2023

©Copyright de la obra: Lois Álvarez Viana

©Copyright de la edición: Ediciones Albores

Email: info@edicionesalbores.com

ISBN: 978-84-19385-81-9

Depósito Legal: SE 274-2023

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada. La editorial se exime de toda responsabilidad sobre los posibles daños o perjuicios que pudiera ocasionar el contenido mismo de la obra.

“Se abren del cielo vencido los últimos arcanos,
y no se oculta ya qué fuerza mueve los últimos círculos.
Sentado el Sol en su trono ordena a todas las cosas
dirigirse hacia Él con rápido descenso, y ya no deja a los carros
celestes moverse en línea recta por los inmensos espacios vacíos;
sino que, siendo Él el centro, atrae a cada cosa en giros inmuta-
bles.”

Edmund Halley

Camino desde Mhuilinn

El primer día del verano de 1681 amaneció con un grueso anillo de densas nubes, blancas, que sobresalían por encima de todo el horizonte visible desde una pequeña localidad de la isla de Muckle Cumbrae llamada Mhuilinn, que se extiende por una hermosa bahía, cuya forma recuerda permanentemente que la isla de Wee Cumbrae, situada enfrente, algún día estuvo en su interior. Es por ello que los dos cabos extendidos a ambos lados de la bahía parecen sendos brazos con los que la isla mayor aparenta siempre amenazar a la menor de que podría usarlos en cualquier momento para así acogerla nuevamente.

En ese entorno, la vista desde Wee Cumbrae sobre Mhuilinn hacía que se pudiese distinguir perfectamente hacia la izquierda la zona más rocosa, con una veintena de barcas coloreadas según indica la tradición y algún que otro pequeño barco, mientras que, a la derecha, en la zona más arenosa, llamaba la atención el recién construido camino al borde del mar, el camino que no iba hasta ninguna casa pero que se salía casi una milla fuera del pueblo, el camino raramente utilizado.

Lo que no resultaba nada raro era la salida de los barcos, en pleno día, en fila, a faenar, y su retorno, que marcaba el final de la jornada. Entre esas permanentes idas y venidas, el hombre más delgado de todo Muckle Cumbrae colocaba los martes, en primera línea de rocas, dos mesas de madera y dos grandes cestos de mimbre que hacían de pescadería.

No se conocía a nadie en toda la isla que mimara de aquella manera el pescado y tampoco, hasta él, se conocía a ningún pescadero que no tuviera barco. Era ya una habitual rutina que sus ani-

mados ritmos musicales a golpe de silbido despertasen a los vecinos de la zona del arenal una vez a la semana, cuando aparecía con su organizado carro rebosante de sardinas, calamares, bacalaos, congrios y otras conocidas especies de la zona, para detenerse enfrente de la original roca alargada que servía de límite de Mhuilinn por el oeste.

Nadie sabía de qué parte del continente le llegaba la mercancía. Lo único que cualquiera podía ver, porque nunca se escondía, era que iba cada lunes a comprar el pescado vivo que traía un barco mercante típico de unos quince metros de eslora. Los lugareños se preguntaban cómo podían llegar vivos los peces y suponían, porque nadie daba detalles, que la única opción sería que usasen algún sistema de bombeo, quizás una bomba de pistón, para llevar agua de mar hacia un depósito en la cubierta, donde no debían hallarse muy a gusto los animales. Fuese como fuese, él compraba a ese navío mercante y completaba su puesto con langostas, cangrejos o camarones de vecinos suyos.

Cuando las primeras puertas de las casas comenzaban a abrirse y algunos ruidos confusos iban anulando la tranquilidad, ya tenía casi todo el producto preparado. No había más que esperar, algunas veces colocando o recolocando el pescado, sin apenas levantar la vista.

Aquel día, poco antes de haber terminado de dejarlo todo a su gusto, vio la llegada de una figura que no sobresalía por el andar, inequívocamente común, sino más bien por sus alargados brazos, desproporcionados con relación al resto del cuerpo. Portaba sobre su cabeza una caja de madera y el paño que la protegía. En cuanto hubo bajado todo al suelo, hizo uno de los gestos que inexplicablemente no soportaba el pescadero: arrastró las yemas de los dedos de su mano derecha por la parte superior del cráneo, dando a su pelo, de color entre rojizo y castaño, el volumen perfecto y desplazándolo hacia la parte izquierda. Ese peinado hacía olvidar que se estuviese perdiendo el rastro de lo que alguna vez fue un espléndido resplandor rubicundo. En Mhuilinn, para todo el mundo era

Munro, un apellido único entre sus vecinos, pero relativamente común en los alrededores.

-Buenos días, Munro.

-Buenos días.

-Mira estas sardinas... Muy frescas. Te van a dejar un estupendo olor en casa. -Munro ojea y duda-. Si no, tienes riquísimos calamares.

Finalmente, se decide:

-Ponme dos calamares, entonces, y no más.

-¿No más? Eso suena a desgana. ¡Qué se le va a hacer! Así nos mantenemos... -dice el pescadero mientras hace el trasvase.

-Ya... Aunque más me preocupa el perpetuo blanco de la piel -responde Munro, cambiando de tema.

Miran al cielo, siempre cambiante, y piensan en lo que ya llevan muchos años escuchando.

Munro acerca su cara a la oreja derecha del pescadero, con expresión seria y la mirada hacia una casa, como si fuese a decir algo secreto y tuviese la seguridad de que alguien vigila. Se para, posiciona su mano estirada y, apoyando el dedo índice en la mejilla, dice algo al pescadero. Éste comienza a reír con la carcajada de quien oye una simpática barbaridad.

Pagó, puso su pequeña caja de madera de nuevo encima de la cabeza, y se fue Munro alejando de su amigo pescadero, pero lejos de aprovechar el dificultoso camino que pasaba por delante del puñado de casas de pescadores que por sus diferentes colores se distinguían, prefirió bajar hacia las bravas arenas, coger las botas en la mano y caminar con paso seguro hacia el este, dejando el mar a su derecha y observando esas aguas ya acobardadas, frenadas tanto por la tierra firme próxima que intuye de frente, dominada por el castillo de Fairlie, como por la suave y verde isla de Bhòid o la más basta y extensa Arainn, ambas a sus espaldas.

Atrás quedaba la casa de los Gleann y sus asimétricas ventanas, la de Tamnais, con su singular y empinada escalera por la parte

izquierda o la de los Buidhe, que siempre parece recién pintada de amarillo.

Pasada la última casa que completaba la fachada marítima de Mhuilinn, se detuvo un momento. Cerró los ojos mientras bajaba la caja de pescado hasta acomodarla en la cintura, arrugó la nuca y volvió a abrir esos ojos que sus vecinos nunca comprendieron por qué en verano cambiaban tanto de color.

Nada se oía por detrás, salvo el leve golpeo de las olas rompiendo en la misma orilla, y a nadie vio cuando miró hacia atrás. Era temprano.

Tan poca determinación tenía cuando cogió el ascendente camino que llevaba a su casa, que echó en falta la compañía de una persona a quien explicar que en ese momento intuyes la posibilidad de que no vuelvas a ver la villa donde llevas viviendo los últimos dieciocho años, el desasosiego que crea percatarse de que puedes marchar de la isla sin que nadie lo sepa de antemano.

Fue recibido por la puerta de su casa, que permanecía siempre abierta, día y noche. Habitualmente, Munro informaba de su propia llegada: "Ya estoy aquí". Y puesto que nadie más vivía allí, nunca obtenía respuesta. Sin embargo, esta vez cambió la conversación. Nada dijo al pasar junto a la puerta y nada escuchó; ni siquiera el movimiento de las hojas de los árboles. Pero no había tiempo para la melancolía, por lo que posó los calamares, tan frescos eran que no desprendían olor alguno, sobre la mesa. Estaba pensando en que debía concentrarse en el equipaje cuando oyó fuera la tierna voz de Isobel, que entró a toda velocidad en la casa, con su mano derecha tocándose el hombro izquierdo, su sonrisa pícaro y sus ojos apuntando levemente hacia arriba.

-Buen día, Munro. No podía aguantar más sin venir a contarte lo ocurrido ayer por la tarde cerca del embarcadero mientras unos comerciantes trajinaban con unas bebidas. La primera parte dicha por mi buen amigo Minn y la segunda vista por estos ojos que ahora te ven a ti.

Era inútil intervenir en ese momento. Iba a seguir hablando de todas formas.

-El hijo de Ogilvie y tu apreciado sobrino Cormack se han peleado. Fue tan brutal que ambos sangraron. Por una tontería. Los intentó separar su hermana, pero también salió malparada. Al oírse tanto griterío, acudí, pero no resultó sencillo calmar a la gente. Estaban todos muy exaltados y ya sabes los problemas que arrastran esas dos familias a raíz de aquella pared que derrumbó tu cuñado.

Todavía no había terminado de hablar, y aunque Munro estaba deseando ya decir algo, era imposible interrumpirla.

-Se concentraron de repente demasiados vecinos, afectados o no. Realmente creo que muy pocos podrían resolverlo. Deberías meditarlo y participar en este asunto de la forma más razonable que puedas. Sería ideal que aguardaras unos días a que se tranquilicen los ánimos y que después mediaras para acordar algo.

Tras esta tajante narración, sus cejas hicieron un gesto evidente, con el cual ya daba permiso para que hablase Munro, quien bajó la cabeza, cerró suavemente los ojos y colocó la mano izquierda abierta sobre la frente, con los dedos pulgar y anular sujetándole las sienes. Solo acertó a decir "lo pensaré".

-¿Lo pensaré? Lo pensaré, lo pensaré... -se burlaba-. Pensaba yo que te podías implicar algo más en mejorar esa eterna disputa. Esperaba un "está bien, me quedo algunos días más en vez de partir mañana hacia el sur" -seguía burlándose-. Porque no creerás que en este caso se cumple aquello de que el alumno está en condiciones de superar al maestro... Me he enterado de todo, o casi todo. Sales mañana, en un barco de mercancía, se supone que hacia Bailey Chashtal, pero nadie sabe más y supuestamente nadie tendría que saber esto que acabas de oír.

-¿Quién te lo ha dicho?

-Nunca contestes a esa pregunta... -Isobel gesticulaba y se movía de forma aún más apresurada de lo habitual-. Por tu bien, recuerda llevar la cara lo más tapada posible -remarcó, silabeando el

final de la frase-. Únicamente pido que el azar no te acompañe en esta aventura.

Y hubo un abrazo tan intenso que Munro solo pudo resoplar.

Isobel se marchó exactamente con la misma energía con que había entrado en la casa. Ella era la autoridad local cuando se trataba de recoger quejas de los vecinos, resolver disputas varias o coordinar acciones con otros pueblos. Una gran conocedora de las previsibles personalidades humanas, excelente cuando se necesitaba vincular hechos aparentemente inconexos, dispuesta a ayudar a sus paisanos durante todo el día, empeñada en acrecentar las cosas buenas que había en Mhuilinn y una auténtica experta en frenar a quienes pretendiesen lucrarse del trabajo y la honradez ajenas. Única.

De nuevo la soledad se apoderó de la casa, y aun así ni por un instante vaciló. No tenía pensado salir en todo el día y no iba a hacerlo. Debía dedicarse a ultimar los preparativos.

Fue hacia su habitación, apartó todo lo que había en la silla situada al lado de la cama, la movió un poco y se subió a ella para poder coger de encima del armario las dos maletas de piel de cerdo curtida, hechas por una vecina suya unos cuantos años atrás. Las puso en el suelo, abiertas, y sobre la cama comenzó a colocar casi toda la ropa que tenía, en montones, bien ordenada para ir repasando lo que había cogido y que de ese modo no se le olvidara nada. Chaquetas, alguna que otra camisa, jubones, pantalones cortos, los calcetines de lana largos y los de algodón, túnicas, el cinturón, los gorros... En fin, toda la necesaria, incluido un kilt largo, con su preceptivo tartán, por supuesto, mientras que el resto quedaron dentro del armario.

A un lado de la cama, preparó igualmente un pequeño saco para meter sus zapatos de tacón bajo y sus botas.

Pero lo que con más gusto dispuso fue un ordenado montón de papeles, bien visible, entre los que estaba la carta con la que el ar-

quitecto Christopher Wren, presidente de la Royal Society de London, había respondido positivamente a la petición de Munro de mantener una entrevista con el ya distinguido señor Isaac Newton.

Además, no podía olvidarse de llevar tres unidades de una novedosa herramienta para escribir, obtenida a partir de unas barritas de grafito, un mineral que le habían dicho que acababa de aparecer en cantidades enormes en unas minas, cerca de una población llamada Keswick, condado de Cumbria, en esas tierras bajas que llamaban England. En cuanto comprobaron que era un sólido fácil de tallar y que dejaba rastro al rozarlo con numerosas superficies, se dieron cuenta de que podía ser utilizado para hacer trazos, siempre que se envolviese de alguna manera; por ejemplo, en cuero de oveja, para compensar su blandura. Al mismo tiempo que colocaba dichas barras al lado de los papeles, pensaba que esta herramienta de escritura, ahora todavía en desarrollo, iba a convertirse en algo de uso habitual durante muchos siglos.

Mientras miraba con ojos concentrados hacia los papeles, se sobresaltó al oír que saludaba desde la puerta su buen amigo Wallace, el herrero tímido y cansino que casi a diario bajaba antes del atardecer desde su alejada y minúscula cabaña hasta Mhuilinn. Unas veces para entregar encargos de herramientas o utensilios de cocina, otras para realizar alguna compra y en algún caso solo para comprobar qué tal estaba Munro. Pero en la última ocasión que se habían visto, intuyó que se traía algo entre manos, y quería confirmarlo.

No tuvo más que entrar en la habitación y ver la cama para ello. Apretó los labios contra los dientes, tensó la cara, expulsó aire por la nariz haciendo un leve ruido y dio media vuelta.

-Te lo explico muy fácilmente.

-Más te vale. Voy a poner en la mesa de la cocina el guiso que mi querida Melva ha hecho hoy mismo.

Munro no lo siguió, así que Wallace se dirigió expectante hacia la cocina y empezó a colocar todo para poder empezar a comer. Entretanto, Munro daba vueltas entre la habitación y el aseo, como

si necesitara memorizar incluso mejor lo que aún le faltaba. Solo se oían sus pisadas. ¡Clonc, clonc! No se dirigían la palabra. Un tiempo eterno. El cantar de algunos pájaros como único sonido. Se sentaron a la mesa, dispuestos a comer. Silencio.

El herrero, dada la inexpresividad que suponía que iba a mostrar Munro, forzó la situación mirando fijamente a su frente, recordándole que debía una explicación y, al rato, dejando caer la vista sobre las tres delgadas tablas de pino que, apoyadas sobre otras dos tablas y cuatro gruesas patas, formaban un cuadrado que hacía de mesa.

-Salgo mañana hacia el sur. Tengo que marchar porque debo visitar a John Abell, ese laudista del que te hablé alguna vez. No sé si lo recordarás. Lo veo muchas menos veces de las que quisiera y solo la gran frecuencia con que nos carteamos atenúa la pena de no saludarlo más a menudo. Le han llegado noticias de que será desterrado, no por sus excelentes y admirables cualidades, es evidente, sino por cuestiones religiosas.

Paró por un instante, pero Wallace no intervino; todavía estaba digiriendo la información.

-Como te puedes imaginar, no conviene divulgar en exceso mi cercana relación con alguien que sufrirá destierro. Como también te puedes imaginar, los próximos días estará en boca de muchos que he partido y sabrán que tú sabes adónde he ido porque siempre hay alguien que te ve salir de mi casa cuando me visitas.

-¿Adónde te vas, entonces?

-Diles que se celebra una importante reunión de la Royal Society el próximo mes en London, en la que deberé exponer unas demostraciones de geometría. A quien te pida algún detalle más, coméntale que se trata de un grupo creado por un reducido número de personas muy listas que pretenden promocionar la construcción del conocimiento a partir de la observación y la experimentación. Para dar credibilidad a esto, te ruego que cites el lugar en el que se va a producir la reunión. Se llama Gresham College y es un edificio situado cerca de la Tower de London, dirección norte. Añade que

permaneceré en la ciudad algún tiempo, aclarando que no te he dicho nada más sobre la duración de la estancia.

-¿Quién más se supone que lo sabe?

-Las suposiciones me cuesta verificarlas. En serio: créeme si te digo que ciertamente solo estáis al tanto de mi verdadero destino tú y el patrón del barco al que subiré. Y nadie más debe saberlo. Nadie más -dijo finalmente, con la mirada atravesando la pared y sus labios formando una pequeña circunferencia irregular, en posición saliente.

El ingenioso Wallace, un verdadero especialista en cambiar hábilmente de conversación cuando la situación lo requería, se levantó de la mesa con movimientos moderados y pronunció la palabra mágica: ¿postre?

El dulce sabor del final de comida los fue guiando hasta que quedaron atrapados en una larga y estéril conversación, monopolizada por Wallace, en la que juzgaban las prendas que vestía un vecino, censuraban lo poco apropiado de la fachada de la casa de otro vecino, reprobaban lo insolidario que resultaba algún vecino más o murmuraban sobre lo hipócrita que se había vuelto un cierto matrimonio, pues aparentaban absoluta normalidad en público cuando todo el pueblo sabía lo mal que se llevaban.

Una conversación de lo más natural.

Y así, hablando por hablar, comenzó a anochecer y Wallace se vio en la puerta principal de la casa, mirando hacia dentro, Munro enfrente. Consiguieron despedirse sin intercambiar ni una sola palabra. Realmente, no hacía falta: intuían lo que se le pasaba al otro por la cabeza.

¿Y si cometo una inconsciencia, por supuesto sin decírselo a nadie, y hago yo también la maleta para mañana?

¿Habré hecho lo correcto, engañando a mi amigo el herrero, que ahora se aleja, con su caminar reflexivo, o será mejor permanecer en sitio seguro, en mi querida Mhuilinn?

2

A bordo

El recuerdo de este día, todo un día, en el que ya estaba muy metida la noche, no era otro que el de haber pasado mucho frío, como no puede ser de otra manera cuando se está en un barco. Al menos ahora tenía el cuerpo acostado en eso que podía aproximarse a una cama, pero que más bien eran cajones abiertos, puestos a medio metro del suelo, en cuyas bases, como cojines en el asiento de una silla, se colocaba una funda rellena de lana.

Esa funda imitaba a los colchones que desde hace poco más de dos años empezaban a tener en sus casas algunos vecinos de Mhuilinn. Les decían que provenían de las tierras situadas más al sur de England, sus vecinos sureños. Un día que estaba en casa de Isobel, Munro se quedó largo rato contemplando con curiosidad uno que había adquirido. Tenían muelles por dentro; apetecía saltar sobre ellos. Sin embargo, apenas se hundían al tumbarte; descartado poder saltar con gusto. Y para colmo, si estaban bien rematados, ni siquiera era necesario rellenarlos; una sorprendente innovación.

El caso es que esa nave en la que viajaban, de nombre Gorm, tenía tres simples cubiertas: una elevada en la proa, otra de menor altura en el centro y una tercera casi igual de alta que la primera, en la popa. Como única propulsión, cuatro sufridoras velas. Bajo la cubierta delantera había acomodo para dormir siete personas. Y allí iban a descansar, por un lado, el piloto, el maestre y el marinero, que siempre parecían mantener una correcta comunicación entre ellos. Por otro, los cuatro pasajeros: un hombre excesivamente abrigado, de pelo negro, aspecto muy sano, un joven repeinado, de tez blanca, patilla graciosa, otro hombre de frente muy alargada, barba poco favorecedora, posiblemente adinerado y Munro. Entre ellos, no hablaban ni se miraban entre sí.

En horizontal, boca arriba, piernas paralelas, la palma de la mano derecha tocando la frente y las cejas, la palma de la mano izquierda posada con suavidad sobre las costillas y los ojos escasamente cerrados, se dejó llevar Munro por la claridad que habitualmente le proporcionaba la oscuridad nocturna. Empezó a recapitular todo lo que había ido anotando en sus papeles, que no era más que unas escuetas explicaciones sobre lo que necesitaría más inmediatamente. Un medio para trasladarse hasta London, una vez que el barco lo hubiera dejado en Liverpool, averiguaciones sobre la pensión en la cual iba a alojarse los primeros días y la referencia para dar con el hombre que había acaparado su atención durante los últimos meses: Newton, cuya incipiente fama empezaba a extenderse en todas las direcciones que un mapa permitía.

Y no lo había estado escribiendo por miedo a los olvidos, pues indudablemente bien grabado lo tenía en su memoria, sino por la seguridad de que, en menos de una semana, iba a tener que asimilar mucha información.

Pero ahora se encontraba allí, al son del vaivén del barco, con su cabeza tan pegada a la quilla, no solo recordando las anotaciones que yacían dentro de una de sus maletas, sino también intentando deducir en qué estaría pensando el hombre de pelo negro, cuyo nombre nunca sabría ni le importaba, cuando miraba hacia la costa mientras el movimiento de la embarcación hacía que se fuesen dejando atrás la torre cuadrada del castillo de Wee Cumbræ, el islote con forma de montículo sobre el que se erigía y los arbóreos e inhóspitos acantilados que al mismo tiempo pedían entrar a formar parte del mar, o por qué el joven de tez blanca se quedaba sentado, mirando hacia el cielo que no ofrecía más que dos tonalidades semejantes de color grisáceo, como si hubiesen sido extendidas de forma irregular por alguien, e incluso quién sería realmente el hombre de la barba, que había estado paseando por la cubierta varias veces, como si llevase muchos años embarcado, pues sobradamente había demostrado que en nada le afectaban las oscilaciones del navío.

El piloto seguía pendiente de la dirección del barco, el maestre ya no se ocupaba del cargamento ni organizaba trabajo alguno y el marinero no prestaba los servicios básicos que le solían encomendar durante el día, salvo que el piloto lo requiriese. Tan solo conversaban sobre la valentía que hay que tener para embarcarse. Ambos reconocieron que uno de los motivos para hacerlo era el ansia de aventura.

Y en esos pensamientos, Munro se fue durmiendo.

Despertó frente a un simpático arenal, el de Poirt Fadrick, del que alguna gente le había hablado, en el que perdían su fuerza las frecuentes olas que hasta ahí llegaban. Detrás del arenal, se alzaban piedras talladas al ritmo del mar, que servían de rompeolas para cuando la altura del oleaje era extrema y había que proteger lo importante: el pueblo, con sus casas de dos o tres plantas, chimenea humeante y fachada estrecha enfrentada a las aguas. Más atrás, las gentes que lo habitaban y que parecían vivir en sus calles, conversando sin parar, o también el puente, convexo para algunos, sobre el río. A Munro le pareció preciosa aquella imagen, aún en su Alba natal y aún a muchas millas de la vecina England.

Una pena que no hubo tiempo para nada más que un breve intercambio de mercancía entre el maestre y una lugareña, que destacaba por su pelo negro liso muy cuidado que caía por detrás hasta los hombros y por delante hasta las cejas.

Se repitieron los mareos, los malos olores, el sonido de las olas, que todo lo silencia, una noche, una mañana y, al fondo, escondida en la niebla, una isla solo visible cuando está ya tan próxima que es imposible evitarla y te atrapa con unas olas respetables que empujan hacia su litoral.

Munro, con mucho apetito y desgana general, pregunta:

-¿Qué tierra es esa?

-Mannin. Mañana, bien temprano, partiremos. Falta un buen rato para atracar.

Aun a pesar del fuerte oleaje, el barco es dirigido claramente hacia el sudoeste, todo el tiempo a escasa distancia de la costa, durante unas ocho millas. Manda el gris del cielo, creador de la tonalidad apagada del océano y del verde que predomina en la isla, convertido en algunas zonas, por obra del ser humano, en una alfombra herbácea en la que no se veía que pastase ganado y, en otras zonas, por la ilusión de la naturaleza, en numerosos matojos que llegaban, monte arriba, hasta donde es probable que nunca fuesen a llegar las casas.

De frente, parcelas y más parcelas, que solo dejan de existir cuando ya la vista engaña y las mayores elevaciones visibles del terreno, lejanas, se perciben con un incierto matiz oscuro.

Sin haber doblado ningún cabo, por fin, mirando hacia la amura de babor, la desgraciada monotonía deja paso a una figura regular al fondo. Es una torre, otra, aunque diferente. Más alargada de lo habitual, y sin embargo con la misma utilidad que cualquiera de su especie: cobijar al amo del castillo en caso de guerra con el vecino. Según se iba acercando el barco, podía comprobarse que se erigía sobre un islote muy débilmente unido a tierra. Poco después, se intuía una fortaleza con forma de gota de agua y en su interior un castillo.

A su izquierda, una hilera de casas cuyas estrechas fachadas de diferentes alturas apuntaban al mar. Se distinguían unas de otras por diversos blancos, marrones y rojos. Entre ellas, se descubría un camino con leve pendiente que salía hacia atrás en diagonal y otro más, en apariencia paralelo a la línea de costa. Ahí sobresalían más viviendas, que trazaban un raro perfil, debido a que tenían en ambos extremos de la cumbrera unas originales chimeneas, en las cuales se culminaba la clásica salida de humos rectangular con varios tubos, de un palmo de diámetro, que disponían de aberturas en su lateral y estaban tapados en su parte superior.

Embebidos por la originalidad de este pueblo, los cuatro pasajeros se sobresaltaron cuando el maestro les indicó que debían bajar

a la barca de remos que salía a recibir al Gorm. Así lo hicieron. Un barquero les fue ayudando a subir.

-¿Cómo están? Nadie es bienvenide en Purt na hInse, para nosotros lugar más emportante de Mannin -vocalizaba mal y modificaba notoriamente las palabras-. Remontaremos unos metos rivo que tienen a drecha y dejaré frente a un caso mu grande de reciente construción. Allé mismo, entes enochecer -miró su reloj de bolsillo- recogeré y devolveré a barco.

Siguió hablando todo el trayecto, sin parar ni un momento, sobre la indiscutible índole arisca de los habitantes de la isla, sobre su mutismo cuando era conveniente, la agudeza que los caracterizaba... Incluso a sabiendas de que nadie escuchaba sus palabras.

Una despedida en la lengua local sirvió para que saliesen de la barca los cuatro hombres, cada uno en una dirección.

Munro avanzó unos metros río arriba y llegó hasta un puente, cruzando el cual se salía uno de la villa. Pasó al otro lado, donde una vereda iba subiendo, con más rectas que curvas, hacia una colina bastante alta. Le picaba la curiosidad de descubrir cómo sería lo que había más allá y anduvo hasta su cima. Llegó, vio y se sentó.

El mar, el castillo, el pueblo con sus barcas, montes, algunas casas en una planicie y nuevamente el mar.

Meditó sobre cómo iba a conseguir acercarse a Newton y ganar su confianza, cuándo se inventaría un vehículo con el que viajar razonablemente rápido y qué ocurriría si una enfermedad le sobreviniese encontrándose tan lejos de Mhuilinn. Ya se vería.

Con la mirada clavada en la torre del castillo, se puso en pie, elevó el labio inferior hasta tapar el superior, puso las manos sobre la frente a modo de visera y caminó casi en línea recta hacia el islote que el barquero con el que habían llegado a tierra llamó Ellan Noo Perick. Munro se acordó de la absurda charla que les había dado en la barca, en especial de cuando se refirió a la perspicacia, y pensó que ese islote podía ser perfecto para cerciorarse de ello.

Mientras bajaba, oyó el inconfundible sonido de los caballos que tiraban de un carruaje y que se dirigían hacia allí. Apuró el paso